

Elba Bairon *Sin título*

Por Martín Craciun

Sin Título se presenta como un proyecto ideado especialmente por Elba Bairon (La Paz, 1947) para la sala tres de W-galería, una arquitectura que se desdobra en el espacio y nos invita a recorrerla. La artista ha decidido construir un espacio interior dentro de un espacio interior, aunque este espacio interior es, a su vez, un espacio exterior. Intentaré ser más explícito: un muro contiene un espacio donde yace la escultura de un pájaro, pero este espacio es interior y exterior a la vez, ya que la arquitectura así nos lo indica. El espacio se despliega y se desdobra en un acto simple, como cuando damos vuelta una naranja y su pulpa queda afuera y dentro queda su cáscara. Así, contenedor, contenido y forma se entrelazan en un ejercicio placentero de experimentar.

Elba Bairon proyecta su arte en el espacio y nos vuelve a señalar, como acostumbra a hacerlo en su trabajo, cuestiones que tienen que ver con la construcción de imaginarios y narrativas posibles frente al canon. Hay una dimensión estética de su trabajo que la conecta directamente con discusiones contemporáneas. Sus esculturas son blancas y persiguen la perfección al extremo; sus superficies han sido pulidas y sus aristas suavizadas, son formas impolutas que reflejan la luz y nos proyectan una calma inquietante. Es quizás porque el vínculo con el pasado que evidencian sus obras se formaliza a través de una lectura, o —lo que es mejor—, de un canon historicista construido a partir de premisas que han sido largamente discutidas y cuestionadas por académicos y especialistas.

Las esculturas clásicas se perciben como blancas, en gran medida por la pérdida de sus colores originales con el tiempo y con las posteriores interpretaciones culturales e ideológicas que favorecieron una estética monocromática dominante. Esta idea de que las esculturas clásicas eran blancas y que, por lo tanto, debían ser blancas tuvo varios impactos significativos en el arte al crear ideales estéticos y moldear las preferencias estéticas en el arte occidental durante siglos. Esto llevó a una reverencia por la *pureza* del mármol blanco y a un sesgo contra la escultura que se apartara de ese canon. Perpetuando el mito y estableciendo una tradición de escultura incolora en el arte occidental con implicancias culturales y raciales,

ya que la idealización de las esculturas de mármol blanco contribuyó a ideas erróneas sobre la diversidad del mundo antiguo y contribuyó a reforzar las nociones de *blancura* y de pureza asociadas a las civilizaciones clásicas coptadas para darle fundamento a algunas ideologías raciales supremacistas.

Las esculturas y personajes que Elba Bairon crea se colocan en el centro de un debate actual. Su pureza exacerbada nos desborda y recuerda que el ideal no existe sino en el pensamiento: «Eran blancas las catedrales porque eran nuevas. Las ciudades eran nuevas; se construían integra, ordenadas, regulares, geométricas, de acuerdo con planos».¹

Bairon produce bajorrelieves como una forma modular de potenciar su trabajo. Lo hace sistemáticamente de forma variada y consecuente con las premisas formales que la caracterizan. Su bajorrelieve es realizado en negativo, es decir que las figuras se socavan en el material y trabajan visualmente por ausencia. Su forma y espesor varía, su montaje también. La figura humana es una ausencia de esta exposición, pájaros y ánforas dominan los bajorrelieves. De líneas rectas, parece resultado de un proceso de extrusión negativa.

Personalmente experimento una fascinación personal por las personas que cuentan historias, en particular cuando los límites entre la verdad y la ficción se hacen borrosos o se desvanecen. Algunas personas tenemos tendencia a crear versiones de la realidad que se alinean con cómo queremos que sean las cosas, en lugar de cómo son en realidad. Este autoengaño ocurre a menudo de forma inconsciente, cuando justificamos, racionalizamos e interpretamos selectivamente los eventos para que se ajusten a nuestra narrativa deseada. La narración puede transformarse en una herramienta poderosa para comprender el mundo y a nosotros mismos. Así, si examinamos de cerca cómo las personas construyen y cuentan sus historias —tanto para sí mismas como para los demás— quizás podremos obtener conocimientos profundos sobre la condición humana y la naturaleza de la verdad misma. Todo esto, si es que estamos de acuerdo en poner las cosas en ese lugar.

La instalación transcurre mientras buscamos encontrar el sentido de una historia que no termina de presentarse con claridad. Es que la artista ha dejado aquí dispuestos los elementos

de una historia que difícilmente logremos explicar. Y por ello funciona de su mejor manera. No se trata aquí de ilustrar una fábula o de inventar una nueva, sino que lo que Bairon nos propone es la potencia del misterio en su más amplio sentido.

He aquí una tragedia —la de la vida quizás—, o una tragedia con suerte; no lo sabemos. La artista ha decidido no avanzar sobre esto, no le interesa representar una historia, sino que proveernos los elementos para que ella nazca en nosotros. Tan simple, potente y ambicioso como eso: *Sin Título*. Es que su instalación también puede funcionar como un set de filmación, como una ficción controlada a la que somos invitados a participar. Los límites de estas cuestiones no están claros y está bien que así sea.

El misterio representa lo inexplicable y lo desconocido. Nos presenta un desafío constante a seguir trabajando y explorando como espectadores; un estado del conocimiento que podemos utilizar activamente para enriquecer y contextualizar nuestra condición racional. Nos propone una forma de mantener la incertidumbre y la imprevisibilidad en el arte, algo vital para mantener al arte conectado con la experiencia viva. Estas cuestiones tienden a generar preguntas más interesantes en lugar de eliminar la incertidumbre y la ambigüedad.

Lejos de la previsibilidad y de la certeza, *Sin Título* no se propone como una colección de íconos muertos, sino más bien como un ejercicio vital que invita quienes la visitan a sumergirse en el mundo de una creadora de historias con una visión singular y universal a la vez. Su arte evita alejarse de las experiencias vividas, ha de ser una herramienta para explorar lo desconocido e impredecible sin llegar necesariamente a un cierre o a una conclusión.

«He aquí la imagen de este proceso. ¡Quizás entonces todo es cierto y nada es cierto!»²

1 Le Corbusier (1936). *Cuando las catedrales eran blancas. Viaje al país de los tímidos* (1.ª reimpresión, noviembre de 1999). Barcelona: Apóstrofe.

2 Camus, Albert (1942/1971), *El Extranjero*. Madrid: Alianza Editorial.

